

La revuelta magonista de 1911 en Baja California: acontecimiento clave en el desarrollo del sentimiento nacional entre la población peninsular norteña

*Lawrence Douglas Taylor Hansen**

RESUMEN

El objetivo principal de este artículo consiste en evaluar la manera en que la revuelta llevada a cabo por elementos militares del Partido Liberal Mexicano (PLM) en Baja California, durante la primera mitad de 1911, reforzó el sentimiento de nacionalismo e identidad cultural entre los habitantes de esta región. Este episodio se ubica en el contexto de la formación del sentimiento de identidad nacional en la población bajacaliforniana a lo largo del periodo que va desde mediados del siglo pasado hasta la época del presidente Cárdenas y la Segunda Guerra Mundial, cuando se logró establecer una mayor integración política y económica de la entidad con el resto de la nación. Bajo esta perspectiva, se argumenta que la revuelta magonista en Baja California constituyó el acontecimiento más significativo en la historia de la zona, al grado de que reforzó el sentido de identidad nacional en los bajacalifornianos, que ya estaba en proceso de formación desde décadas atrás.

ABSTRACT

The principal objective of this article consists in the evaluation of the way in which the revolt carried out by military elements of the Mexican Liberal Party in Baja California, during the first half of 1911, reinforced the feeling of nationalism and cultural identity among the inhabitants of this region. This episode is located within the context of the development of a feeling of national identity among the Baja Californian population throughout the period that extends from the middle of the past century to the administration of President Cárdenas and World War Two; a time in which the establishment of heightened economic and political integration was achieved in the region as compared to the rest of the nation. Seen from this perspective, it can be argued that the "Magonista" revolt in Baja California constituted the most significant event in the history of this zone in terms of the reinforcement of national identity among Baja Californians, which had been in its formative process for many of the previous decades.

* Investigador del Departamento de Estudios de Administración Pública de El Colegio de la Frontera Norte. Se le puede enviar correspondencia a Blvd. Abelardo L. Rodríguez 2925, Zona del Río, C.P. 22320, Tijuana, Baja California, México. Tel. (661) 3 35 39.

HASTA la fecha, la mayoría de los estudios acerca de la campaña militar llevada a cabo en Baja California durante el periodo comprendido entre el 29 de enero y el 22 de junio de 1911, por parte de grupos de insurrectos dirigidos por Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano (PLM), han visto este intento de rebelión como uno de los episodios más controvertidos del gran movimiento armado que convulsionó a México entre 1910 y 1920 y de las relaciones entre este país y Estados Unidos. Más no se ha reconocido la importancia que tuvo para el desarrollo histórico de la región.

El presente trabajo tiene como propósito ubicar este suceso en el contexto de la formación de un sentimiento de identidad nacional en la población bajacaliforniana a lo largo del periodo que empieza a mediados del siglo pasado, con la creación de la frontera entre los dos países, y termina con el gobierno del presidente Cárdenas y la Segunda Guerra Mundial, época en que se logró establecer una mayor integración política y económica de la entidad con el resto de la república. Al analizar algunas de las principales causas del fracaso de las operaciones liberales en la península, así como la falta de apoyo hacia la revuelta, se arguye que el sentimiento nacionalista tuvo mayor fuerza que la filosofía internacional anarquista que los rebeldes magonistas intentaron propagar entre los habitantes de la región bajacaliforniana.

La amenaza del Destino Manifiesto

La junta directiva del Partido Liberal Mexicano, integrada por Ricardo Flores Magón como presidente, su hermano Enrique, Librado Rivera y Praxedis G. Guerrero, eligió Baja California como blanco de ataque esencialmente por razones estratégicas, pues la región no sólo quedaba distante del centro y aislada del resto de la república, sino que la carencia de carreteras, ferrocarriles y fuertes guarniciones de tropas anulaba la capacidad del gobierno federal para reprimir cualquier movimiento de insurrección. Una vez que cayera la península en sus manos, la junta planeaba utilizarla como base y campo de reclutamiento para continuar la guerra en el norte y oeste de México. La junta se trasladaría allí para dirigir las operaciones y seguiría tras sus fuerzas victoriosas con el fin de conquistar el resto del país.¹

Al hacer sus planes, la junta no tomó en cuenta algunos factores que restarían posibilidades de triunfo a su causa. Uno de estos factores fue el germen de identidad nacional que entre los habitantes de la región habían dejado el enfrentamiento con el expansionismo estadounidense y la lucha contra los intentos filibusteros de apoderarse del territorio a lo largo del siglo XIX, Como el escritor francés Edgar Morin ha señalado:

En la historia, la frontera y el enemigo han desempeñado un papel considerable para la constitución de la identidad nacional. La frontera circunscribe la zona de integridad, de inviolabilidad. El enemigo, por su parte, permite plantear el problema de la identidad nacional en términos fundamentales de vida o muerte, de existencia, de libertad.²

Aunque la península de Baja California no había sido incluida en el Tratado de

1 *Regeneración*, 20 de mayo de 1911; S. Kaplan y Enrique Flores Magón, *Pelemos contra la injusticia*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1986, vol. 2, p. 59; Nicolás T. Bernal, *Memorias México*, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1982, p. 45.

2 Edgar Morin, "Para una teoría de la nación", traducción del ensayo "Pour une théorie de la nation", publicado en su libro *Sociologie*, París, Fayard, 1984, pp. 129-138.

Guadalupe Hidalgo de 1848, Estados Unidos mostró interés en adquirirla en el transcurso de sus negociaciones para la compra de La Mesilla en 1853. No obstante, debido a las potenciales complicaciones que tal adquisición implicaría, se quedó satisfecho con la compra de aquellas porciones de terreno que hoy en día constituyen los límites sureños de los estados de Nuevo México y Arizona.³ A lo largo de la década de 1850, aprovechando la lejanía e inaccesibilidad del territorio respecto del centro de México, varios aventureros lanzaron una serie de ataques contra los estados de Baja California y Sonora, con la intención de apoderarse de ellos y, en algunos casos, incorporarlos a Estados Unidos. Entre estas invasiones, cabe destacar las dirigidas por Joseph Morehead al sur de Baja California en 1851, las de los franceses Charles de Pindray y Gastón Raousset de Boulbon contra Sonora en 1852 y 1854, las de William Waiker en el norte de la península en 1853 y 1854, y la de Henry A. Crabb, quien entró a Sonora con una pequeña fuerza armada en 1857. Sin excepción, los invasores fueron derrotados por los mexicanos y expulsados de estas regiones. Después de 1857 se pueden contar los infructuosos intentos filibusteros dirigidos por los estadounidenses J. K. Mulkey, B. A. Stephens, Augustus Merrill, Edward Hill, J. F. Janes y otros, ocurridos entre 1888 y 1890, pero el peligro parecía haberse disipado.⁴

Durante el porfiriato, la península, como el norte de México en general, estuvo cada vez más sujeta en términos económicos a la poderosa influencia de Estados Unidos. En gran parte de esta zona⁵ se manifestó un auge económico como respuesta a una demanda mundial de productos minerales y alimenticios —principalmente ganado—, que buscaba satisfacer las necesidades de una población en aumento. Por la misma razón se estableció una red ferroviaria en la región fronteriza. El ritmo de desarrollo, sin embargo, no fue parejo en toda la región; aunque durante este periodo hubo un considerable crecimiento económico y demográfico en los estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua y Sonora, el territorio de Baja California, en cambio, permaneció estancado a causa de su terreno inhóspito, así como por la distancia y las barreras geográficas (particularmente el desierto de Altar en Sonora) que lo aislaban del resto de la república. Este aislamiento y el consiguiente subdesarrollo regional impidieron que se despertara el interés entre los inversionistas mexicanos. En consecuencia, hacia finales de la década de 1880, el presidente Porfirio Díaz, como parte de su política de atraer las inversiones extranjeras con el fin de acelerar el desarrollo económico del país, permitió que los estadounidenses y otros extranjeros compraran terrenos y tuvieran acceso a los recursos naturales de la península. El desarrollo del suroeste de Estados Unidos durante este mismo periodo creó una demanda importante de materias primas y mano de obra barata mexicanas. La gente y los productos podían pasarse fácilmente a Estados Unidos por los cruces fronterizos de Caléxico-Mexicali y Tijuana-

3 Lowell L. Blaisdell, *The Desert Revolution: Baja California, 1911*, Madison, Wisconsin, University of Wisconsin, 1962, pp. 21 y 23.

4 Charles Harvey Brown, *Agents of Manifest Destiny: The Lives and Times of the Filibusters*, Chapel Hill, Carolina del Norte, University of North Carolina, 1980, pp. 147-218; Andrew F. Rolle, "Futile Filibustering in Baja California, 1888-1890", en *Pacific Historical Review*, vol. 20, núm. 2 (mayo de 1951), pp. 160-167.

5 David Pinera Ramírez (comp.), *Visión histórica de la frontera norte de México*, México, Universidad Autónoma de Baja California, Centro de Investigaciones Históricas, UNAM-UAHC, vol. 2, 1987, pp. 429-430; Óscar J. Martínez, *Troublesome Uorder*, Tucson, University of Arizona, 1988, p. 46.

San Diego; de hecho, durante este periodo los residentes de Baja California tenían más contacto con Estados Unidos que con su propio país.

Para principios del siglo XX, la penetración económica extranjera en la península había crecido notablemente.⁶ La actividad económica estadounidense más vigorosa estaba concentrada en el Valle de Mexicali, donde la Colorado Development Company (Compañía para el Desarrollo del Colorado), establecida por el californiano Charles R. Rockwood, había hecho cultivables las tierras circundantes del río Colorado por medio de un sistema de riego. El terrateniente más importante de la región era el general Harrison Gray Otis, rico magnate californiano y editor del influyente periódico *Los Angeles Times*, quien había comprado 337 494 hectáreas de las mejores tierras para formar la California-México Land and Cattie Company. Otros importantes terratenientes estadounidenses eran Harry Chandier, yerno de Otis, William Randolph Hearst, dueño del periódico *Los Angeles Examiner* y de grandes extensiones de tierra en Chihuahua y otras partes, y G. C. Cudahy, de la poderosa familia de empacadores de carne en Chicago. E. H. Harriman, quien controlaba el ferrocarril Southern Pacific, también era dueño de muchos predios en el valle,⁷ A lo largo de la costa del Pacífico, el principal terrateniente estadounidense era John D. Spreckels, quien controlaba el ferrocarril San Diego-Arizona, poseía los periódicos *San Diego Union* y *Evening Tribune* y era miembro de la poderosa familia del mismo apellido de San Francisco, que había acumulado una fortuna con la refinación de azúcar. El presidente Díaz le había otorgado permiso para la construcción de una vía al oriente de Tijuana, con objeto de conectar San Diego y el norte de Baja California con Yuma y el este de Estados Unidos, así como proporcionar facilidades portuarias a los valles Imperial y de Mexicali.⁸

Una parte sustancial de la economía del resto de la península estaba dominada por empresas europeas. Por ejemplo, la Mexican Land and Colonization Company (Compañía Mexicana de Tierra y Colonización), un consorcio inglés, tenía un gran número de propiedades a lo largo de la costa del Pacífico.⁹ En Santa Rosalía, en la costa oriental del Distrito Sur de la península, la compañía minera El Boleo, de propiedad francesa, explotaba los yacimientos cupríferos y auríferos de la región circundante. En la costa occidental del Distrito Sur, la Compañía Exportadora Mangara Limitada, de Londres, Inglaterra, tenía un virtual monopolio sobre la explotación de perlas.¹⁰

La amenaza a la soberanía mexicana sobre el territorio de Baja California no sólo fue de carácter económico. El gobier-

6 Lowell L. Blaisdell, *op. cit.*, pp. 24-25 y 34; John Mason Hart, "Albores y proceso de la Revolución Mexicana", en *Historias*, revista de la Dirección de Estudios e Históricos del INAH, núms. 8-9, enero-junio de 1985, pp. 20-21; Óscar J. Martínez, *op. cit.*, p. 46.

7 Eugene Keith Chamberlin, "Mexican Colonization versus American Interests in Lower California", en *Pacific Historical Review*, vol. 20, núm. 1, febrero de 1951, pp. 44-45; Edna Aidé Grijalva Larrañaga, "Colonización del Valle de Mexicali, 1902", en Miguel Mathes (comp.), *Baja California textos de su historia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/SEP/ Programa Cultural de las Fronteras/Gobierno del Estado de Baja California, 1988, vol. 2, pp. 234-240 y 247.

8 Lowell L. Blaisdell, *op. cit.*, p. 36; Jorge Ramírez López, "Establecimiento de Tecate", en Miguel Mathes (comp.), *op. cit.*, pp. 225-226.

9 Lowell L. Blaisdell, *op. cu.*, pp. 36-37.

10 Edna Aidé Grijalva Larrañaga, "Los primeros años de la compañía minera El Boleo, 1885-1905", en *Meyibó*, vol. 1, núm. 4, diciembre de 1984, pp. 15, 26 y 29-30; Blas Lara Cazares, "Testimonio de la revolución en el norte", en Miguel Mathes (comp.), *op. cit.*, pp. 332-333.

no de Estados Unidos veía a Baja California como una región estratégica por su ubicación en el contorno geopolítico del Pacífico. La bahía de Pichilingue, cerca de La Paz, sirvió de 1861 a 1924 como una estación carbonera para la flota del Pacífico estadounidense. La de Magdalena, situada en el litoral occidental del Distrito Sur de la península, funcionó de 1907 a 1910 como una base de adiestramiento y maniobras para dicha flota, cuando el presidente Díaz rehusó renovar su arrendamiento.¹¹

A raíz de los atentados filibusteros del siglo pasado, de las fuertes inversiones de particulares y compañías extranjeras en la península, así como del deseo del gobierno estadounidense de utilizar el territorio para sus propósitos militares, los habitantes de Sonora y Baja California temían que estas áreas pudieran separarse de México y ser anexadas a Estados Unidos. Su preocupación estaba bien fundamentada, especialmente en cuanto a Baja California, dado que la idea de anexar la península había echado raíces en la mente de muchos estadounidenses, sobre todo de los que vivían en el suroeste cerca de la frontera. Esta gente creía que Baja California tenía poco valor para los mexicanos y que, en cambio, podía ser de gran beneficio para la futura grandeza y prosperidad de su país. Propuestas formales en torno a la adquisición de la península por parte del gobierno de Estados Unidos surgieron de vez en cuando hasta bien entrado este siglo.¹²

Era natural que cuando los magonistas invadieron Baja California a finales de enero de 1911, con fuerzas que incluían un alto porcentaje de extranjeros, los habitantes recordaran los ataques filibusteros del pasado y, en consecuencia, reaccionaran en contra de lo que ellos percibieron como una amenaza externa. Además, hay que señalar el alto grado de nacionalismo fomentado durante el periodo porfiriano,¹³ el cual contribuyó a que el pueblo bajacaliforniano estuviese más consciente de su propia identidad.

El problema de reclutamiento y la acusación de filibusterismo

Otro factor que condujo al fracaso de la invasión magonista de Baja California radicó en lo poco poblado de la región. Los dirigentes de los grupos rebeldes, especialmente durante los primeros años de la lucha armada (1910-1920), acostumbraban reclutar a sus voluntarios en los lugares donde se llevaban a cabo los combates. Los jefes militares liberales, sin embargo, una vez empezada la campaña en la península, no podían esperar que sus gavillas aumentaran en tamaño por este medio, puesto que, durante el periodo bajo estudio, había menos de 50 000 habitantes en toda la península, 80 por

11 Eligio Moisés Coronado, "La carbonera de Pichilingue, 1901, en Miguel Mathes (comp.), *op. cit.*, pp. 180-193, Francis J. Manno y Richard Bednarcik, "El incidente de Bahía Magdalena", en *Historia Mexicana*, vol. 19, núm. 3, enero-marzo de 1970, pp. 365.

12 Véase la carta-abierta al pueblo y al gobierno de los Estados Unidos, de Esteban Cantú, el gobernador de Baja California, 2 de febrero de 1919, en Enrique Aldrete, *Baja California heroica: episodios de la invasión filibustera-magonista de 1911 narrados por el Sr., testigo presencial*, México, Frumentum, 1958, pp. 389-394, y Eugene Keith Chamberlain, *op. cit.*, pp. 46-49, referente a las recomendaciones por parte de la In-ternational Water Commission, una dependencia del Departamento de Estado, y del senador Henry E. Ashurst, para la compra de la península durante el periodo de 1919-1930. Véase también la del senador Robert R. Reynolds, de Carolina del Norte, con objeto de proteger los intereses estratégicos estadounidenses en la zona después del ataque japonés contra Pearl Harbor, en "Pacific and Alaskan Defense", *Congressional Record*, 77o. Congreso, 2da. sesión, 1942, pp. 1624-1626.

13 Óscar J. Martínez, *op. cit.*, p. 47.

ciento de los cuales estaban concentrados en la parte meridional del estado.¹⁴ Asimismo, en la medida en que los rebeldes tomaron algunas poblaciones, la mayoría de los habitantes se refugiaron en Estados Unidos.¹⁵

Al momento de estallar los brotes de rebelión contra el gobierno de Díaz en toda la república, en noviembre de 1910, no existían indicios de que los habitantes de la península estuvieran dispuestos a levantarse en armas, porque si bien sus condiciones de vida no eran las óptimas, tampoco sufrían el grado de explotación y opresión que experimentaba la clase trabajadora de las regiones centro y sur de México. Sin embargo, varios indios cucapás de la región del delta del río Colorado, impulsados por la gran pobreza en que vivían y el duro trato que habían recibido de las autoridades porfiristas, se unieron a los insurrectos liberales, sirviendo principalmente como exploradores.¹⁶ Fueron pocos los bajacalifornianos que se aliaron a la causa rebelde.¹⁷

Durante la campaña magonista en la península, las fuerzas rebeldes estaban integradas en su mayor parte por extranjeros, mexicanos residentes en Estados Unidos y mexicoestadunidenses. Aunque estos últimos fueron un elemento importante del grupo invasor, en general la población mexicana de Estados Unidos no mostró mucho entusiasmo por la revuelta liberal, a pesar de que para 1910 había más de 33 000 inmigrantes de origen mexicano en el sur de California. En parte, esta falta de apoyo se debió al bloqueo del pasaje de armas y hombres a través de la frontera entre México y California, impuesto por el ejército estadounidense apostado a lo largo de la línea entre San Ysidro, California, y Yuma, Arizona, sobre todo durante las últimas etapas de la lucha. Una razón más significativa fue que la gran mayoría de tales inmigrantes provenía de las regiones centrales de México y es probable que muy pocos consideraron que valía la pena arriesgar la vida apoyando una rebelión en un territorio tan alejado de su tierra natal.¹⁸

Una razón más de fondo para la poca receptividad que la causa magonista tuvo en la península fue la orientación radical de los principios revolucionarios de los dirigentes del movimiento. Al iniciar 1904, Ricardo Flores Magón, su hermano Enrique y otros liberales, obligados a refugiarse en Estados Unidos para escapar de la persecución tenaz e intolerable por parte de las autoridades mexicanas, establecieron una junta revolucionaria en San Luis, Missouri, donde comenzaron una campaña

14 Gabriel Ferrer de Mendiola, "La creación del estado de Baja California", en *Memoria del Primer Congreso de Historia Regional*, Mexicali, Gobierno del Estado de Baja California, Dirección General de Acción Cívica y Cultural, 1958, vol. 2, pp. 761-762.

15 *San Diego Union*, 11-13 y 23 de mayo de 1911; Laurence B. Lee, "The Little Landers Colony of San Ysidro", en *Journal of San Diego History*, vol. 21, núm. 1 (invierno de 1975), p. 39; Richard Griswold del Castillo, "The Discredited Revolution: The Magonista Capture of Tijuana in 1911", en *The Journal of San Diego History*, vol. 26, núm. 4 (Otoño de 1980), pp. 260 y 263; Carlos Franco Pedroza, "Los sucesos de 1911", en *Mexicali: una historia*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, vol. 2, p. 229.

16 Cabe notar que otros indios lucharon al lado de las fuerzas federales destacadas en la península. Roger C. Owen, "Participación indígena en la revolución del norte", en Miguel Mathes (comp.), *op. cit.*, pp. 314-322.

17 Después de la captura de Mexicali a finales de enero de 1911, algunos hombres que habían sido detenidos en la cárcel del pueblo por su filiación liberal, junto con algunos residentes de aquella población y de la región circundante, se unieron a la fuerza ocupante magonista. Carlos Franco Pedroza, *op. cit.*, pp. 211, 224 y 226.

18 La ejecución por los magonistas de varios voluntarios mexicanos de California bajo la acusación de seres-pías tampoco sirvió para estimular el espíritu de rebelión entre este grupo. Richard Griswold del Castillo, *op. cit.*, pp. 263-265.

propagandística contra el gobierno de Porfirio Díaz. Al mismo tiempo, publicaron un programa en que prometían llevar a cabo, una vez que se lograra la victoria, ciertas reformas socioeconómicas de carácter limitado, tales como una jornada laboral de ocho horas, un salario mínimo de un peso diario, mejoras en las condiciones de trabajo, la prohibición de que los extranjeros tuviesen propiedades, el empleo exclusivo de mexicanos en el trabajo con muy pocas excepciones, etcétera. Perseguidos por las autoridades estadounidenses a petición del gobierno de Díaz, fueron obligados a cambiar con frecuencia su base de operaciones. Después de estar un tiempo en San Luis huyeron a Toronto y Montreal; luego se trasladaron a El Paso para dirigir una primera serie de revueltas contra el porfirismo (1906). Eventualmente, en la primavera de 1907, la junta se estableció en Los Ángeles, donde se planeó otra serie de levantamientos para el año siguiente.¹⁹

De 1905 a 1910, la filosofía reformista de los hermanos Flores Magón y sus seguidores más fieles, como Librado Rivera, Praxedis G. Guerrero y Antonio de Pío Araujo, adquirió tintes netamente anarquistas,²⁰ principalmente después de leer las obras de destacados pensadores socialistas y anarquistas, como Carlos Marx, Federico Engels, Pierre-Joseph Proudhon, Mikhail Bakunin, Pyotr Kropotkin, Claude Saint-Simon, Enrico Malatesta, Juan Grave, Máximo Gorki y otros, así como por la relación que establecieron, mientras estaban en San Luis, con radicales europeos exiliados en Estados Unidos, sobre todo con los anarquistas Emma Goldman, de origen ruso, y Florencio Bazora, español.

La progresiva radicalización del pensamiento magonista alcanzó la plena madurez durante el periodo que va de los albores de la revolución de 1910 al otoño de 1911. A través de su periódico *Regeneración*, la junta liberal acusó al capital extranjero de ser el mayor explotador del pueblo, así como el principal sostén de la tiranía. Aseveraba que el capitalismo en general era responsable del odio entre las naciones y que perjudicaba seriamente el desarrollo de la fraternidad universal. Al señalar que la riqueza debería pertenecer a quienes la producen, incitaba a todos los mexicanos, incluso a las mujeres, a que tomaran las armas contra sus opresores.²¹

El 19 de noviembre de 1910, en vísperas de la rebelión programada por Francisco I. Madero y sus seguidores, el periódico abandonó el lema de “Reforma, libertad y justicia”, remplazándolo con la expresión anarquista “¡Tierra y libertad!”, que había sido empleado por los narodniks rusos en las décadas de 1860 y 1870, y que los zapatistas harían famosa posteriormente. Al adoptar este nuevo lema, Flores Magón hizo saber que rechazaba cualquier clase de autoridad y propiedad. Declaró la superioridad de la soberanía popular sobre los funcionarios y las instituciones y, dado que en México la tierra era la forma básica de la riqueza, a principios de enero de 1911 se emitieron

19 “Programa liberal de 1906”, en Manuel González Ramírez (ed.), *Planes políticos y otros documentos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 3-29; William Dirk Raat, *Revoltosos: México's Rebels in the United States, 1903-1923*, College Station, Tex., Texas A. & M. University, 1981, pp. 20-21.

20 Diego Abad de Santillán, *Ricardo Flores Magón: el apóstol de la revolución social mexicana*, prólogo de Librado Rivera, México, Grupo Cultural Ricardo Flores Magón, 1925, pp. IX-X, 7-8, 10, 25-26 y 36; Ethel Duffy Turner, *Ricardo Flores Magón y el Partido liberal Mexicano*, México, Partido Revolucionario Institucional, 1984, pp. 21-44.

21 “A los proletarios” y “A la mujer”, *Regeneración*, 3 y 24 de septiembre de 1910, reproducidos en Armando Bartra (ed.), *Regeneración. 1900-1918*, México, Ediciones Era, 1982, pp. 230-233 y 235-237.

instrucciones generales que propugnaban la expropiación directa de la tierra por parte del pueblo, para que fuera repartida sin demora y de manera equitativa.²²

El 23 de septiembre de 1911 se publicó un manifiesto que abogaba por la destrucción total del capital, del gobierno y de la Iglesia.²³ Como se expresaba en este manifiesto, la ideología magonista reflejaba aspectos de las teorías políticas desarrolladas por los pensadores anarquistas Bakunin y Kropotkin, especialmente este último. Al igual que estos hombres, Flores Magón creía fuertemente en la libertad como elemento clave que debería gobernar las relaciones entre hombres, en lugar de la autoridad del Estado, de la Iglesia, del ejército, etcétera. Argumentaba que la cooperación, y no la competencia, constituía la relación básica que ligaba a los individuos con la sociedad.

Debido a que los obreros en grupo constituían la unidad básica de la organización social, era fundamental colectivizar toda la propiedad, menos la *que* fuera necesaria para el uso personal. Así, era primordial que la sociedad estuviera dividida en pequeñas comunidades colectivas organizadas por ellas mismas para que los hombres pudieran vivir en un estado de paz y libertad. De acuerdo con los principios de la filosofía del anarcocomunismo desarrollados por Kropotkin y adoptados por Ricardo Flores Magón en sus discursos y escritos publicados en *Regeneración*, la propiedad privada y los ingresos desiguales que imperaban bajo el sistema capitalista deberían ser sustituidos por la distribución gratuita de bienes y servicios, es decir, cada obrero tomaría de la bodega común la cantidad de alimentos y bienes que considerara necesaria para él y su familia, independientemente de su contribución al trabajo.²⁴

Es probable que la filosofía anarcocomunista de los magonistas haya sido demasiado-idealista y sofisticada intelectualmente para la gran mayoría de los habitantes de la región fronteriza.²⁵ En 1906, el año en que la junta del Partido Liberal Mexicano publicó su primer programa de reformas económicas y sociales y en que ocurrió la sangrienta huelga minera en Cananea, Sonora, existían muchos adeptos de los magonistas entre la población mexicana de esta área, particularmente en las minas y plantas de fundición. No obstante, el sindicato laboral Western Federation of Miners, que simpatizaba con los objetivos iniciales de los liberales mexicanos, quería alcanzar metas más inmediatas —mejoras en los sueldos y condiciones laborales— que la transformación radical de la sociedad y la distribución de la riqueza. Gradualmente, tanto este grupo laboral como otros que originalmente habían simpatizado con los magonistas, por ejemplo la American Federation of Labor, retiraron su apoyo, y el Partido Liberal Mexicano perdió una buena parte de sus seguidores en los estados fronterizos. Incluso, varios de los antiguos adeptos liberales entre los mexicanos de esta zona, al estallar la revolución de 1910, eligieron

22 Extracto de *Regeneración*, 26 de noviembre de 1910, reproducido en Diego Abad de Santillán, *op. cit.* p.67; Juan Gómez-Quiñones, *Las ideas políticas de Ricardo Flores Magón*, México, Ediciones Era, 1977, pp. 59.

23 Manifiesto del Partido Liberal Mexicano, 23 de septiembre de 1911, en Manuel González Ramírez (ed.), *Manifiestos políticos, 1892-1912*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, pp. 369-376.

24 G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957-1961, vol 2, pp. 208-212, 224, 316-318 y 328-329; George Woodcock, *Anarchism*, Harmondsworth, Gran Bretaña. Penguin Books, 1963, pp. 110, 136, 143-159, 171, 175-181, 183, 185-194 y 196-202.

25 Richard Griswold del Castillo, *op. cit.* pp. 263; Roselia Bonifaz de Hernández Araico, "Ensenada y la invasión anarcomagónica de 1911", en *Visión histórica de Ensenada*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1982, p. 218.

colaborar o incorporarse al movimiento antirreeleccionista.²⁶

Los magonistas no pudieron retener la simpatía de esta gente, dada la incompatibilidad entre las ideas políticas liberales y las de Madero y sus seguidores. A partir de la promulgación del programa liberal de 1906 y en la medida en que la filosofía magonista se radicalizaba, se abrió una brecha entre los hermanos Flores Magón y su núcleo principal de adeptos y los liberales mexicanos más moderados, como Camilo Arriaga, Santiago R. de la Vega y, sobre todo, Francisco I. Madero.

La ruptura entre Flores Magón y Madero tuvo su origen en diferencias sociales, así como tácticas e ideológicas. Al contrario de Madero, quien era de una familia acomodada, los hermanos Flores Magón y los principales ideólogos y dirigentes magonistas provenían de la pequeña burguesía e incluso de los estratos sociales semiproletarios. Flores Magón y sus seguidores, perseguidos hasta el exilio, fueron obligados a llevar a cabo una lucha clandestina, acompañada por una correspondiente radicalización de sus publicaciones en oposición directa al gobierno porfirista.²⁷ Creían que era necesario efectuar cambios extensos y a fondo en la estructura económica y social de México, con el fin de mejorar las condiciones de vida de la gran masa de la población, es decir, los campesinos y trabajadores de todo tipo; consideraban que la humanidad avanza en saltos sucesivos, que pueden ser violentos en caso necesario, y concebían a la revolución como parte de un movimiento internacional dedicado a la emancipación del proletariado en todo el mundo.²⁸

Madero, en cambio, opinaba que los problemas de México eran fundamentalmente de carácter político. Al creer que México era capaz de transformarse gradualmente en un país democrático, prefirió trabajar dentro del sistema existente, como demostró su participación en las elecciones municipales y estatales coahuilenses a mediados de la década de 1900. Una vez resueltos los problemas políticos, con el tiempo se pondrían en marcha cambios limitados respecto a la reforma agraria y asuntos laborales.²⁹ Como hacendado y empresario, a Madero no le interesaba apoyar revoluciones violentas. Aunque criticaba los métodos de represión del régimen de Díaz, se opuso al emplazamiento de la huelga de Río Blanco en enero de 1907. Rehusó comprar armamento para ayudar a los liberales en sus revueltas. Cuando estos intentos de insurrección fracasaron, opinó que el pueblo mexicano no estaba dispuesto a levantarse en armas.³⁰

En breve tiempo, los dos líderes representaron caminos revolucionarios distintos: uno que abogaba por la revolución violenta basada en objetivos esencialmente socioeconómicos y otro que propugnaba por un cambio no violento con fines principalmente políticos. Además, el movimiento

26 Ellen Howe Myers, "The Mexican Liberal Party, 1903-1910", tesis doctoral, S. 1., University of Virginia, 1970, pp. 239 y 344; William Dirk Raat, *op. cit.*, pp. 15, 30, 44-47, 59-61, 75, 77-78, 81, 90-91 y 119-121.

27 William Dirk Raat, *op. cit.*, pp. 25 y 204-205; Santiago Portilla, "Una sociedad en armas: insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911", tesis doctoral, México, El Colegio de México, 1982, pp. 337-338; James B. Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana, 1900-1913*, México, Secretaría de Educación Pública/Siglo XXI Editores, 1985, pp. 69 y 149.

28 Lowell L. Blaisdell, *op. cit.*, pp. 12 y 14; James B. Cockcroft, *op. cit.*, p. 147.

29 Carta de Madero a Vidal Garza Pérez (sin fecha precisa, pero escrita a finales de 1905), reproducida en Diego Arenas Guzmán, *El periodismo en la Revolución Mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1966-1967, vol. 1, p. 239; William Dirk Raat, *op. cit.*, pp. 24 y 205-206; Santiago Portilla, *op. cit.*, pp. 337-339; James R. Cockcroft, *op. cit.*, pp. 69, 116-117, 147-149, 153 y 157.

30 Santiago Portilla, *op. cit.*, p. 339; James B. Cockcroft, *op. cit.*, p. 148.

que Madero encabezaba se restringió a México y nunca formó parte de un plan revolucionario global, como en el caso de los magonistas.³¹

Para 1910, Madero se había convertido en el principal personaje del grupo de oposición política al régimen de Díaz, en su carácter de líder del Partido Antirreeleccionista. Después de sufrir actos de represión por parte del gobierno porfirista en las elecciones de mediados de 1910, al igual que Flores Magón, se había convencido de la necesidad de una revolución violenta para efectuar cambios en México. El tipo de reformismo que Madero ideaba consistía en la institución de un sistema democrático como objetivo inmediato después del derrocamiento del gobierno de Díaz y, una vez consumada la victoria, poner en marcha gradualmente las limitadas reformas económicas y sociales especificadas en el Plan de San Luis.

Sin embargo, para estas fechas (1910-1911), los magonistas habían perdido la fe en el tipo de democracia en que Madero creía, es decir, un gobierno constitucional elegido por medio de una mayoría del sufragio. Influidos por el anarquismo, Flores Magón y los miembros más radicales del PLM concluyeron que las metas de los liberales ortodoxos expuestas en el programa de 1906 eran irrealizables mientras existieran las clases sociales, el poder del dinero y la competencia, ya que —según ellos— la democracia electoral tarde o temprano se convierte en un arma de los poderosos. Declararon que el pueblo mexicano tenía dos alternativas entre las cuales elegir: la vía política, predicada por Madero, o una profunda transformación social y económica. Consideraban la segunda opción como la más adecuada, dado el estado de pobreza y hambre en que muchos de sus connacionales vivían. A pesar de estas diferencias, Madero opinaba que podía ganar sin la colaboración de los magonistas en la próxima lucha contra el régimen de Díaz, intentó ponerse en contacto con ellos. El resultado de estos intentos fue una alianza de conveniencia entre los respectivos grupos armados, que sólo duró unos meses después del comienzo de la Revolución, en noviembre de 1910.³² En Baja California, durante este periodo, los magonistas constituyeron los únicos focos rebeldes contra el gobierno de Díaz. A diferencia de otras áreas de México donde los liberales y los maderistas frecuentemente lucharon juntos como parte de la mencionada alianza de conveniencia, los habitantes de la península no pudieron confundir fácilmente a los magonistas con los movimientos de rebelión popular que ganaron fuerza a partir de enero de 1911. De hecho, el pueblo mexicano en general ignoraba que grupos magonistas combatían en otras regiones de México, especialmente al tomar en cuenta el grado limitado de sus operaciones. Por esta razón, aquellas personas que quizá se hubieran levantado en armas contra el régimen establecido si hubieran existido en el territorio algunos caudillos o gavillas de filiación maderista, no lo hicieron, y mucha gente rehusaba unirse o prestar apoyo a una causa cuyo programa ideológico no podía comprender o con el cual le era imposible identificarse.³³

31 *Ibidem*, pp. 147, 149 y 157.

32 Antonio V. Lomelí, cónsul mexicano en El Paso, Texas, al secretario de Relaciones Exteriores de México, 25 de noviembre de 1910, en Isidro y Josefina E. de Fabela (eds.), *Documentos históricos de la Revolución Mexicana*, México, Editorial Jus y Fondo de Cultura Económica, 1960-1973, vol. 5, pp. 101-103; Juan Gómez-Quiñonez (*op. cit.*), pp. 59-60; Santiago Portilla, *op. cit.*, pp. 342-343.

33 *San Diego Sun*, 9 de mayo de 1911; *San Diego Union*, 18 de mayo de 1911; Lowell L. Blaisdell, "Was It Revolution or Filibustering?," en *Pacific Historical Review*, vol. 23, núm. 2, mayo de 1954, p. 155.

El carácter radical de la filosofía magonista también los convirtió en enemigos de las autoridades gubernamentales estadounidenses, las cuales desaprobaron los lazos de simpatía y apoyo entre el PLM y los grupos de obreros radicales y de la izquierda en Estados Unidos, pues consideraban que para proteger los intereses de una economía altamente capitalista era necesario acabar con todo elemento de “radicalismo extranjero” que ayudara a fomentar la agitación laboral en su país. En el tiempo que duró la campaña militar en la península no hubo colaboración de tipo político o económico entre los rebeldes liberales y el gobierno de Estados Unidos.

Al recordar la facilidad con que los agentes secretos mexicanos y estadounidenses habían conocido sus planes en el caso de las revueltas de 1906 y 1908, los dirigentes liberales, aconsejados por los abogados socialistas John Kenneth Turner y Ernest E. Kirk, obraron con cautela en sus envíos de hombres y material de guerra a las fuerzas que tenían al otro lado de la frontera, para que no fuesen detectados por los oficiales fronterizos estadounidenses.³⁴ El gobierno de Díaz protestó enérgicamente ante el Departamento de Estado en Washington contra supuestos casos de violación de la neutralidad; sin embargo, las autoridades gubernamentales de Estados Unidos, como en el caso del movimiento insurreccional en México, no prestaron atención a estas demandas al considerar que no existía evidencia para comprobar la mayoría de las denuncias. Aunque a partir del 12 de febrero de 1911 el gobierno estadounidense trató de evitar que los rebeldes compraran en Estados Unidos abastos como alimentos, ropa, etcétera, sólo contaba con unos cuantos soldados, al mando del capitán Conrad A. Babcock, disponibles para patrullar la línea divisoria, los cuales concentraron sus esfuerzos en las cercanías de Caléxico, California. Además, varios de los oficiales militares y agentes de aduana y de inmigración actuaban en colusión con los contrabandistas, lo que no era privativo de la región de California, sino más bien común a lo largo de la frontera entre los dos países.³⁵

Durante las últimas etapas de la campaña liberal en la península, es decir, a finales de mayo y junio de 1911, las autoridades estadounidenses empezaron a cooperar seriamente con sus contrapartes mexicanas en la persecución de los liberales, como parte de una política en favor de Madero, a quien vieron como la alternativa a una revolución radical en México; por ende, aumentaron las patrullas fronterizas y durante la primera mitad de junio se otorgó permiso al gobierno maderista para transportar por ferrocarril, desde El Paso, Texas, a Caléxico, California, una fuerza expedi-

34 Mario Gill, “Turner, Flores Magón y los filibusteros”, en *Historia Mexicana*, vol. 5, núm. 4, abril-junio de 1956, p. 654; Loweil L. Blaisdell, *The Desert Revolution...*, *op. cit.*, pp. 45, 47 y 53; William Dirk Raat, *op. cit.*, p. 54.

35 George H. McManus, mayor del Cuerpo de la Artillería Costera estadounidense, Fort Rosecrans, California, a J. Día. Prieto, cónsul mexicano en San Diego, 3 de febrero de 1911; recorte del *San Francisco Chronicle*, 15 de febrero de 1911, Enrique de la Sierra al secretario de Relaciones Exteriores de México, 22 de febrero de 1911 y 11 de marzo de 1911, en Archivo Histórico “Genaro Estrada”, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, Ramo Revolución Mexicana, legajo núm. L-E-630, exp. 2, h. 57; L-E-635, exp. 2, h. 52; L-E-862, exp. 4, h. 160 (de aquí en adelante citado como AHGE/RM, seguido del número de legajo, expediente —si hay— y foliación del documento en cuestión); Isidro y Josefina E. de Fabela (eds.), *Documentos históricos*, *op. cit.*, vol. 10, p. 152; George B. Schmucker, cónsul estadounidense en Ensenada, al Departamento de Estado, 23 de mayo de 1911, en US Department of State. Record Group 59, file 812.00. *Records of the Department of State Relating to the Internal Affairs of Mexico, 1910-1929* (Microcopy 274), National Archives and Records Service, Washington, DC, Documento núm. 1919 (de aquí en adelante citado como NA/RG 59, seguido del número de registro decimal y del documento).

cionaria de aproximadamente 1 500 veteranos del viejo ejército federal, bajo las órdenes del general Manuel Gordillo Escudero, cuyo objetivo era aplastar a los grupos armados magonistas que guarnecían los pueblos de Mexicali y Tijuana.³⁶

El gobierno porfirista aprovechó el hecho de que los rebeldes liberales tuvieran la base de sus actividades en Estados Unidos y que aceptaran la adhesión de extranjeros a sus fuerzas para emprender una campaña propagandística en su contra, cuya consigna final fue tacharlos de “filibusteros”. Aunque en las primeras semanas se referían en general a los liberales como “revoltosos”, “sediciosos”, “rebeldes”, “revolucionarios” o simples “trastornadores del orden”, la presencia de un número creciente de extranjeros en las filas de los magonistas motivó que los comandantes federales comisionados, en sus informes al gobierno, comenzaran a utilizar el término “filibusteros” para referirse a los insurrectos. Esta peculiar designación también fue adoptada por los periodistas y el personal consular de ambos países al redactar sus versiones de lo que ocurría en la península.³⁷ El presidente Díaz sancionó oficialmente el término al incluirlo en Su mensaje presidencial del primero de abril de 1911 al Congreso de la Unión:

En Baja California se ha efectuado un movimiento de otro carácter causado por banda¹ comunistas, en la que figuran muchos filibusteros americanos con el fantástico proyecto de formar una república socialista. Tan nefasto propósito no podía menos que provocar la más grande indignación del país, Estoy seguro de que, en caso necesario, el pueblo mexicano, siempre patriota y celoso de su autonomía, acudirá a la defensa del territorio nacional.³⁸

La publicidad proporcionada por estas fuentes en torno de la campaña en la península creó la impresión de que un proyecto “filibustero”, disfrazado como intento revolucionario, amenazaba la integridad territorial de la República Mexicana, Los periódicos locales en California y México, incluso *Regeneración*, hicieron que los mexicanos se enteraran de que los capitalistas estadounidenses tenían grandes inversiones en Baja California, especialmente en la región de Mexicali y en el delta

36 Comunicaciones referentes a la expedición de Gordillo Escudero, en el Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional, México, Ramo: Historia, 481.5, exp. 67, hs. 6-10, 12-15, 27-46, 77-8.3, 86-87, 99, 108,111-117, 121, 124-126, 133, 135, 138-140, 142-145, 155, 158-165, 168, .308-309, y exp. 268, hs. 726 y 1240-1258, correspondencia intercambiada entre el secretario de Estado estadounidense, Philander C. Knox, la embajada mexicana en Washington y la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, 7, 9, 14 y 18 de junio de 1911; recorte del *San Francisco Cali*, 11 de junio de 1911, en AHGE/RM, L-E-676, exp. 1, lis. 13, 17 y 31. exp. 2, hs. 1, 1.3 y 22; y L-E-665, h, 54; general J. W. Duncan, comandante militar de Texas, al procurador general en Washington, 18 de junio de 1911, en NA/RG 59, f812.00/2151.

37 Telegramas intercambiados entre oficiales del ejército federal de la Primera Zona Militar (que abarcaban noroeste del país) y la Secretaria de Guerra y Marina en la ciudad de México, en Pablo L. Martínez (ed. *El magonismo en Baja California (documentos)*, México, Editorial Baja California, 1958, pp. 7-16; Enrique de la Sierra, cónsul mexicano en Caléxico, California, al secretario de Relaciones Exteriores de México, 28 de febrero de 1911, en Isidro y Josefina E. de Fabela (eds.), *Documentos históricos...*, *op cit.*, vol. 10, pp 21.3-214, George B. Schmucker, cónsul estadounidense en Ensenada, al secretario de Estado en Washington, 24, 27 y 29 de abril, 1 y 7 de mayo de 1911, en NA/RG 59, 812.00/1508, 1534, 15.38, 1626 y 1684. Algunos periódicos californianos, como *Los Angeles Examiner*, *Los Angeles Herald* y *San Diego Union*, habían acusado a los rebeldes de ser “filibusteros” casi desde el principio de la campaña. Lowell L. Blaisdell, *The Desert Revolution...*, *op. cit.*, pp. 58-60.

38 Mensaje del presidente Porfirio Díaz en el Congreso de la Unión mexicana, 1 de abril de 1911, en US Department of State, *Foreign Relation of the United States, 1911*, Washington, Government Printing Office, 1912, p. 445.

del río Colorado. El gobierno de Díaz —y posteriormente el de Madero— aseveraba que la campaña magonista era financiada por la California-Mexican Land and Cattle Company y otras empresas estadounidenses, a pesar de que Harry Chandler gastó miles de dólares para defender sus propiedades en Baja California contra los insurrectos y de que el ejército federal, es decir, el 8vo. Batallón enviado a la península a principios de marzo de 1911, también prestó apoyo en este sentido.³⁹

Curiosamente, los dirigentes magonistas hicieron poco para desmentir la propaganda porfirista. Además, algunas declaraciones de sus jefes militares contribuyeron a la confusión acerca de los verdaderos propósitos revolucionarios de la junta. Por ejemplo, a fines de febrero de 1911, José María Leyva y Simón Berthold, los líderes de la fuerza liberal que ocupaba la región de Mexicali, anunciaron a los reporteros que el programa de su partido contemplaba la creación de una “comunidad cooperativa”, expresión empleada frecuentemente por pensadores radicales de la época y que se refería a un tipo de sociedad utópica. Debido a que estos jefes no aclararon que el propósito verdadero era establecer este tipo de sistema social en todo el país, muchas personas pensaban que se referían específicamente a Baja California.⁴⁰

A estos errores de táctica se sumaron ciertas características de la campaña magonista en la península, que hicieron que la población creyera que posiblemente las acusaciones de filibusterismo que habían hecho las autoridades federales tuvieran algo de verdad. Lo esencial de tales acusaciones recaía en la presencia de extranjeros en las filas rebeldes. Tanto las autoridades porfiristas como la prensa mexicana y estadounidense dieron amplia publicidad al hecho de que en las semanas posteriores al combate inicial (la toma de Mexicali por los liberales fue el 29 de enero de 1911) varios extranjeros se unieron a las fuerzas invasoras.⁴¹ Aunque durante los primeros dos meses de la campaña la mayoría de los combatientes rebeldes eran mexicanos, a partir de la última semana de abril de 1911, aproximadamente, los extranjeros excedieron a aquéllos en número. La proporción de extranjeros en relación con los mexicanos se incrementó después de la toma de Tijuana, pero disminuyó durante la última mitad de mayo y todo el mes de junio debido a las deserciones que ocurrieron a consecuencia de la prolongada inactividad después de dicha toma.⁴²

La participación de extranjeros en las campañas revolucionarias de los liberales en México era lógica dado que la filosofía anarquista de los rebeldes rechazaba el nacionalismo burgués y la legitimidad de las fronteras internacionales. Todos los que querían hacer causa común para derrumbar la tiranía del capitalismo sobre el proletariado, independientemente de su nacionalidad o raza, eran bienvenidos en las filas de los grupos de insurrectos liberales.⁴³

39 Richard Griswold del Castillo, *op. Cit.*, p. 265.

40 Lowell L. Blaisdell, “Was it Revolution or Filibustering?”..., *op. cit.*, pp. 155-160.

41 Comunicaciones del embajador mexicano en Washington al Departamento de Estado, 3 y 6 de marzo de 1911, en US Department of State, *Foreign Relations of the United States, 1911, op. Cit.*, pp. 412-414; S. Ka plan y Enrique Flores Magón, *op. Cit.*, vol. 2, p. 59, Pablo L. Martínez, *Historia de Baja California*, La Paz, Patronato del Estudiante Sudcaliforniano, A. C./Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1991, p. 510.

42 Lowell L. Blaisdell, *The Desert Revolución, op. Cit.*, pp. 110 y 226.

43 *Regeneración*, 3 de septiembre y 24 de diciembre de 1910; “La Baja California” y “A los patriotas”, en *Regeneración*, 10 y 17 de junio de 1911, reproducidos en Ricardo Flores Magón, *Artículos políticos, 1911*, México, Ediciones Antorcha, 1980, pp. 108-111, y Armando Bartra (ed.) *op. cit.*, pp. 296-297.

Los pobladores bajacalifornianos no pudieron entender el razonamiento detrás de los argumentos proporcionados por Ricardo Flores Magón al permitir que extranjeros se enrolaran como voluntarios en el “ejército” liberal. Hubo una reacción natural de enojo y malestar entre algunos de los habitantes debido a la presencia extranjera en las fuerzas liberales, pues sólo se consideraba la diferente cultura y no las ideas magonistas. Todavía estaban vivos en la memoria colectiva del pueblo peninsular, y del noroeste de México en general, los estragos provocados por las invasiones filibusteras del siglo pasado, todas protagonizadas por extranjeros. Entre los soldados rebeldes vieron a muchas personas rubias, lo que para ellos sólo podía significar que eran “gringos” (norteamericanos), puesto que para los mexicanos en general todo extranjero era estadounidense. Sin embargo, no todos los combatientes liberales extranjeros tenían rasgos anglosajones o nórdicos; también había muchos negros, la mayoría de los cuales habían sido obreros del IWW o ex combatientes de las fuerzas armadas estadounidenses.⁴⁴

Por añadidura, en muchas ocasiones, durante la campaña en la península, los soldados liberales mexicanos y extranjeros no lucharon juntos. Con el transcurso del tiempo, la mayoría de los nacionales llegaron a ser agrupados en una unidad denominada la Primera División, mientras que el grueso de los extranjeros gradualmente formaron lo que la prensa llamaba la Legión Extranjera, dirigida primero por el general Stanley Williams, miembro de la IWW, y tras la muerte de éste en el segundo combate del Rancho Little (el 8 de abril de 1911) por el “soldado de fortuna”⁴⁵ galés Caryl Ap Rhys Pryce.

Durante el siglo transcurrido entre 1810 y 1910, en México se sentaron las bases mediante las cuales, a partir de la lucha revolucionaria de 1910, se podría crear un sólido sentido de comunidad nacional. Las luchas del pueblo mexicano contra España, Estados Unidos y Francia tuvieron como consecuencia el surgimiento de un sentido de comunidad más amplio de lo que habían conocido hasta entonces los mexicanos, que fue fortalecido con la creación de un grupo de héroes nacionales a quienes pudieron venerar con orgullo común. De la misma forma, la larga pugna de la Iglesia contra el poder secular estableció un precedente para posteriores contiendas con cualquier otra institución que pretendiera reclamar la lealtad fundamental de todos los mexicanos. Las guerras con los estadounidenses, de 1835 a 1836 en Texas y de 1846 a 1848 en otras regiones del país, junto con las concesiones otorgadas por el gobierno de Díaz a los inversionistas extranjeros, no sólo pusieron de manifiesto para muchos mexicanos la necesidad de la unidad nacional, sino también despertaron entre ellos un sentimiento de xenofobia que serviría como elemento unificador para las facciones revolucionarias que surgieron tras el estallido de la revolución de 1910.

El desarrollo de los ferrocarriles y otra;

innovaciones en las comunicaciones durante el porfiriato contribuyó a la superación de los obstáculos geográficos y brindó al país toda una red de servicios que estimularon el nacionalismo, especialmente a partir de 1910. La lucha armada de 1910-1920 ejerció un papel clave en la

44 Testimonio de Alfredo Monreal Romero, en Gabriel Trujillo Muñoz y Édgar Gómez Castellanos (comps.) *Mexicali: escenarios y personajes*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1987, p. 57; entrevista con Silvestre Machado Machado, realizada por Rigoberto Martín del Campo Marrón, 1981, en “Testimonios orales sobre los sucesos de 1911”, en *Historia Oral-Baja California*, Centro de Investigaciones; Históricas, UNAM-UABC, Tijuana.

45 En México, el término utilizado es “mercenario”.

formación de una cultura e identidad nacionales, puesto que las exigencias impuestas por la guerra propiciaron la migración interna en una escala masiva, y el proceso revolucionario en sí mismo causó que la antigua estructura de clases experimentara graves sacudidas y cambios, aun cuando en algunos casos éstos hayan sido meramente transitorios. La gradual eliminación de las barreras sociales, políticas y económicas que separaban a unos ciudadanos de otros fomentó al mismo tiempo la expansión de lealtades individuales, proyectándolas más allá de los límites de la familia y del lugar de origen. La amplia difusión del idioma español y el consecuente desarrollo del dialecto mexicano derribaron las tremendas barreras lingüísticas que todavía en 1910 representaban un gran obstáculo para la comunicación entre la gente.

El surgimiento de una literatura nacional, que incluyó novelas, cuentos y poesía, generada por los mismos participantes en la lucha, así como de otras manifestaciones culturales (canciones, corridos, pintura mural, cinematografía), también estimuló el desarrollo de una conciencia nacional. A través de la ampliación de los medios educativos y de la comunicación, la literatura que nació con la Revolución logró adquirir más difusión e influencia entre la población mexicana. La elevación del nivel cultural de los mexicanos, así como la recién adquirida noción de la función unificadora de la cultura, actuaron como estímulos decisivos en el proceso de inculcar en ellos la idea de que constituían una nación en todos los sentidos de la palabra.⁴⁶

El aspecto no mexicano de las fuerzas magonistas en Baja California fue acentuado por el hecho de que Ricardo Flores Magón eligió quedarse en territorio estadounidense durante el transcurso de la lucha y no tomó parte activa en las operaciones militares en la península. En teoría Flores Magón era el comandante en jefe de todos los grupos de combate liberales en México, pero mostró poca habilidad para desempeñar tal cargo. Cuando la ofensiva en Baja California empezó a desarrollarse, los focos guerrilleros y la junta dirigente se quedaron, en gran parte, separados por la frontera entre México y Estados Unidos. Flores Magón decidió no unirse a las partidas rebeldes en México debido al temor al encarcelamiento o a morir a manos de soldados federales o maderistas y, en particular, al deseo como teórico político de continuar su labor periodística en la ciudad de Los Angeles, dirigiendo los movimientos insurrectos desde allí y enviando material a sus hombres cuando pudiera.⁴⁷

Él y la junta intervinieron muy poco en la conducción de la campaña en Baja California. Dieron considerable autonomía a sus oficiales en la zona de combate, teniendo como resultado una fragmentación de la autoridad. Esta autonomía, junto con la falta de oficiales mexicanos experimentados en la guerra y en la práctica de elegir a los oficiales, condujo a una lucha de poder entre mexicanos y extranjeros, la cual en ocasiones era acompañada por actos de violencia. La fuerza invasora sufrió muchos cambios de jefatura durante los cinco meses de su existencia. Aunque nominalmente un mexicano siempre ocupó el puesto de jefe, la mayoría de los oficiales mexicanos fueron poco a poco remplazados por extranjeros, a tal grado que el inglés Pryce pudo eventualmente asumir el control de la fuerza expedicionaria.

46 Frederick C. Turner, *The Dynamic of Mexican Nationalism*, Chapel Hill, Carolina del Norte, University of North Carolina, 1968, pp. 389-391 y 394.

47 Lowell L. Blaisdell, *The Desert Revolution...*, *op. cit.*, pp. 87, 95, 123, 156, 172, 184 y 186; Nicolás T. Bernal, *op. cit.*, p. 47.

Debido a la presencia de varios extranjeros en las filas rebeldes, muchos bajacalifornianos aceptaron como verídica la versión dada por las autoridades porfiristas, y se creyeron en la necesidad de acudir a las armas para defender el honor de la nación y expulsar a los “filibusteros” y “extranjeros” del territorio mexicano. Este hecho, junto con rumores de que elementos del ejército estadounidense habían ayudado a los magonistas en la toma del pueblo de Tijuana, generó un sentimiento de antinorteamericano acompañado por ocasionales actos de violencia entre los oficiales, funcionarios públicos y la población. Varios estadounidenses que vivían en Ensenada fueron arrestados como espías y otros fueron expulsados del pueblo.⁴⁸ Incluso, cuatro ciudadanos extranjeros —tres estadounidenses y un canadiense— fueron ejecutados el 11 de junio de 1911 por la columna federal encabezada por Lerdo González en el mineral de El Álamo, bajo la acusación de haber colaborado con los rebeldes.⁴⁹

Sin embargo, el despertar del sentimiento nacional entre los habitantes no explica por sí mismo la decisión de cooperar con las autoridades gubernamentales en su lucha contra los insurrectos; también hay que entender que peleaban en defensa de sus propiedades y familias. Tal actitud explica, por ejemplo, la tenaz resistencia por parte de los tijuaneños cuando los magonistas lanzaron su asalto contra Tijuana en mayo de 1911,⁵⁰ especialmente si consideramos el comportamiento de los rebeldes durante su ocupación de ciertas áreas del Distrito Norte. Los principios magonistas sancionaron la confiscación de dinero y propiedad bajo la justificación de que los capitalistas lo habían expropiado o robado al pueblo; el botín recogido de este modo, junto con las contribuciones en forma de tributo que la junta impuso a los propietarios de la región de Mexicali, fue utilizado para abastecer a los soldados con alimentos, ropa y equipo.⁵¹ Aunque los liberales les dejaron recibos por los bienes confiscados (cuyo valor presumiblemente sería respetado al triunfar la revuelta), los rancheros que vivían en los alrededores se quejaban ante las autoridades federales por la confiscación de gallinas, puercos y ganado.⁵² Los daños económicos sufridos por esta gente constituyó una importante razón para que muchos de ellos se refugiaron en Mexicali, donde permanecieron durante la ocupación magonista de la zona.⁵³ Durante los meses de lucha que siguieron

48 *San Diego Union*, 18 de mayo y 4 de junio de 1911.

49 Lowell L. Blaisdell, “The Consul in a Crisis: Lower California, 1911”, en *Mid-America: An Historical Review* vol. 37, núm. 3 (New Series), julio de 1955, pp. 138-139; Lowell L. Blaisdell, *The Desert Revolution...*, op. cit., pp. 165-168.

50 *San Diego Sun*, 9 de mayo de 1911,

51 Evidencias entregadas al señor A. I. McCormick, procurador federal del Distrito Sur de California, para ser empleadas contra Ricardo Flores Magón, Enrique Flores Magón, Antonio Villarreal, Librado Rivera, Anselmo L. Figueroa y otros acusados de haber violado las leyes de neutralidad, firmadas por J. W. McKinley y W. S. van Pelt, 16 de enero de 1911, en AHGF/RM, L-E-933, hs. 120-121; Peter B. Kyne, “The Gringo as Insurrecto”, en *Sunset Magazine*, vol. 27, septiembre de 1911, pp. 260-261; testimonios de Dudley W. Robinson y A. I. McCormick, en *Revolutions in México: Hearing Before a subcommittee of the Committee of Foreign Relations, United States Senate, 62nd. Congress, 2nd. Session*, Washington, Government Printing Office, 1913, pp. 229-230.

52 Testimonio de Alfredo Monreal Romero, op. cit., p. 57; Enrique de la Sierra, cónsul mexicano en Caléxico, Calif., al secretario de Relaciones Exteriores de México, 22 de febrero de 1911, en Isidro y Josefina E. de Fabela (eds.), op. cit., vol. 10, pp. 152-160; *Los Angeles Herald*, 27 de septiembre de 1911.

53 Carta de Francisco Vázquez Salinas a Ricardo Flores Magón, 22 de abril de 1911, reproducida en Salvador Hernández Padilla, *El magonismo: historia de una pasión libertaria, 1900-1922*, México, Ediciones Era, 1984⁷, p. 151, acuerdos adoptados el 19 de junio de 1911 por los pobladores de Mexicali miembros del Club

a la toma de Mexicali, otros poblados del Distrito Norte, entre ellos Tecate, El Álamo, San Vicente, San Telmo, San Quintín, El Rosario y Santo Tomás, experimentaron semejantes vejaciones.⁵⁴ Particularmente grave fue el pillaje en las tiendas y residencias de Tijuana en los días que siguieron a la conquista de este pueblo por los magonistas (9 de mayo de 1911), primero por parte de las fuerzas ocupantes y después por curiosos de San Diego que querían recorrer el campo de batalla. El hecho constituyó un insulto para los nacionalistas mexicanos y fue determinante para que los tijuanaenses, muchos de los cuales buscaron refugio al otro lado de la línea, se negaran a unirse a la causa rebelde.⁵⁵ Otros incidentes que ocurrieron en el transcurso de la campaña también crearon sospechas entre la población y los mexicanos del lado estadounidense de la frontera respecto de las verdaderas intenciones de los insurrectos. Después de la captura magonista de Tijuana, el *San Diego Union* informó que tanto la bandera estadounidense como la de los insurrectos, de color rojo con las palabras *Tierra y Libertad*, ondeaban sobre el pueblo, y que únicamente en un lugar —el cuartel general de Pryce— la insignia rebelde se izaba a más altura que la estadounidense. En realidad, las personas que habían levantado las banderas estadounidenses eran ciudadanos de Estados Unidos que de esa manera intentaron conseguir algún tipo de inmunidad diplomática que protegiera sus propiedades, pero, según el reportero del *San Diego Union*, uno de los rebeldes había comentado sobre el asunto: “¿Es una lástima verlas así, verdad? Apuesto a que no pasarán más de tres meses antes de que las barras y las estrellas ondeen ahí solas —y también sobre toda la Baja California”. Cuando el periodista preguntó a Pryce su opinión, éste supuestamente había declarado: “Me parece bien”.⁵⁶ Otras declaraciones y acciones de este jefe durante la campaña, además del mencionado incidente relacionado con las banderas, provocaron especulación entre el público en cuanto a sus verdaderos motivos en la lucha. Aunque se había unido a la revolución en parte debido a sus lecturas de *México bárbaro*, de John Kenneth Turner, y a otras noticias sobre la explotación del proletariado mexicano,⁵⁷ después de la toma de Tijuana Pryce había sido atraído por la idea de establecer una república independiente en Baja California. Posteriormente abandonó la idea, sujetándose al plan original de luchar por la liberación de los “peones” mexicanos de la dictadura porfirista. Su deserción de la causa liberal a principios de junio de 1911 condujo a más sospechas respecto de su posible conexión con un movimiento filibustero en

54 Patria, en Pablo L. Martínez (ed.), *El magonismo en Baja California...*, op. cit., pp. 55-56; Carlos Franco Pedroza, op. cit., pp. 225-226.

55 *San Diego Union*, 13 de marzo de 1911; Paul Sanford, *Where the Old West Never Died*, San Antonio, Texas, The Naylor Company, 1968, pp. 54-75; Margaret Brown Baldwin, “Memories of Early Days in Baja California”, en *Journal of San Diego History*, vol. 22, núm. 4 (otoño de 1976), pp. 26-37. *San Diego Union*, 10 y 12 de mayo de 1911; *San Diego Sun* 10 de mayo de 1911; Paul T. Mizony, “The Battle of Tijuana, México, 1911” (mimeo), *California Room*, San Diego Public Library; entrevista con Andrés Ramos Castillo, por Raúl Rodríguez González, 1977, en *HOBC/UABC*, núm. 36; Margaret L. Holbrook Smith, “The Capture of Tijuana”, en Óscar J. Martínez (ed.), *Fragments of the Mexican Revolution: Personal Accounts from the Border*, Albuquerque, Nuevo México, University of New México, 1983, pp. 100-101.

56 *San Diego Union*, 14 de mayo de 1911; Rómulo Velasco Ceballos, *¿Se apoderará Estados Unidos de Baja California?*, México, Imprenta Nacional, 1920, p. 138; Pablo L. Martínez, *Historia de Baja California...*, op. cit., p. 510.

57 *San Diego Sun*, 9 de mayo de 1911; *Los Angeles Express*, 5 de junio y 26 de septiembre de 1911; *San Diego Unión*, 27 de septiembre de 1911.

la península.⁵⁸ Además, en una entrevista que dio a la prensa de Arizona el 5 de junio de 1911, anunció su intención de volver a la península y crear una república. Sin embargo, entendió que tal propósito ya no era factible y escribió a sus hombres aconsejándoles desbandarse.⁵⁹ Jack Mosby, su sucesor como jefe de la Segunda División y quien también era “soldado de fortuna”, había mostrado durante la campaña un comportamiento ambiguo semejante. Antes de la marcha contra Tijuana en mayo de 1911, cuando era jefe de una banda rebelde que operaba en la región mineral de El Álamo y sus cercanías, había ofrecido al ranchero estadounidense Newton House el puesto de gobernador de Baja California, pero éste había rechazado la oferta.⁶⁰ Sin embargo, después de ser electo como jefe de la Segunda División en sustitución de Pryce, Mosby optó por sostener los principios magonistas, declarando a unos representantes de la prensa:

Esta Lucha no es con el fin de favorecer a los intereses de... los capitalistas estadounidenses, sino únicamente en pro de los intereses y de los derechos de la clase trabajadora...⁶¹

Antes de la elección de Mosby como comandante de la Segunda División ocurrió el supuesto complot filibustero de Dick Ferris, que representó el punto Culminante de la campaña propagandístico, contra los rebeldes. Durante la primer semana de febrero de 1911, Ferris, ex acto y promotor comercial contratado por la autoridades de San Diego para promover la exposición Panamá-California que celebraría la terminación del canal de Panamá había propuesto al presidente Díaz, comí parte de una maniobra publicitaria para, este evento, la compra de la península, la que nombraría República de Díaz, con el supuesto apoyo de algunos ricos socios financieros, pero con la intención de anexarla a Estados Unidos. En caso de que la oferta fuera rechazada, Ferris aseguró que enviaría una expedición armada a la región con el propósito de tomarla por la fuerza

Díaz no cedió frente a esta amenaza, que en todo caso nunca se materializó,⁶² no obstante, a partir de mediados de mayo di 1911, Ferris hizo varias visitas a Tijuana, después de haber hecho amistad con Pryce y otros soldados de su división, de nuevo propuso la compra de la península, esta vez al gobierno de Madero, pero igual mente fracasó. A principios de junio, de rante la ausencia de Pryce de Tijuana, capitán Louis James, un miembro particularmente irresponsable del estado mayor del inglés, persuadió a algunos hombres de la Segunda División para que eligieran a Ferris como presidente de la nueva republica, pero éste, temeroso de una posible

58 *San Diego Union*, 13 de junio de 1911; Lowell Blaisdell, *The Desert Revolution...*, op. cit., pp. 142-144 Rafael Carrillo Azpeitia, *Ricardo Flores Magón: esbozo biográfico*, México, Centro de Estudios Históricos Movimiento Obrero Mexicano, 1976, pp. 50-51.

59 Recortes de *The Morning Sun*, Yuma, Arizona, 18 de mayo de 1911, y del *San Francisco Chronicle*, 6 de junio de 1911, en AHGE/RM, L-E-656, exp.1, h. 127, y L-E-665, h. 42; Peter B. Kyne, op. cit., pp. 266-267.

60 George B. Schmucker, cónsul estadounidense en Ensenada, al secretario de Estado en Washington, 24 abril de 1911, en NA/RG 59, f812.00/1626.

61 Declaración de J. B. Mosby a los reporteros del *San Diego Unión*, 3 de junio de 1911, reproducida e Jesús González Monroy, *Ricardo Flores Magón y su actitud en la Baja California*, México, Editorial Academia Literaria, 1962, p. 117.

62 Recortes del *San Francisco Chronicle*, 9 de febrero de 1911; *San Francisco Call*, 9 de febrero y 10 de 1911; *San Francisco Chronicle*, 14 y 16 de febrero de 1911; *New York Times*, 14 de febrero de 1911; y *New York Herald*, 14 de febrero de 1911, en AHGE/RM, L-E-634, hs. 56-57 y 89, L-E-636, exp. 1, h. 52, L E-638, exp. 1, h. 54, y L-E-665, h. 51; testimonio de Dick Ferris, en *Revolutions in México...*, op. cit., p. 374.

violación de las leyes de neutralidad como consecuencia de sus acciones, y pensando que los acontecimientos en Baja California habían sobrepasado los límites de su esquema publicitario original, rechazó el nombramiento. En el ínterin, la junta, al querer restablecer su control sobre las fuerzas acampadas en Tijuana, había enviado una comisión para convocar a la elección de un nuevo jefe, cargo que, como ya se indicó, recayó en Mosby. Al mismo tiempo, la junta declaró públicamente que no tenía ninguna conexión con Ferris. Sea como fuere, ya se había hecho un daño irreparable a la imagen magonista, dado que los mexicanos, a diferencia de muchos estadounidenses que vieron al promotor como un payaso, tomaron el asunto seriamente e interpretaron el episodio como una evidencia de que el PLM estaba involucrado en un proyecto filibustero.⁶³ La indignación que varios mexicanos sintieron por los asuntos antes mencionados se reflejó en la siguiente carta abierta publicada en la prensa por un tal Luis G. Lara el 12 de mayo de 1911 y dirigida a Ricardo Flores Magón:

Está usted fomentando una revolución que no beneficia a ninguna clase social de mi país... Está usted dando participación a los americanos en el asunto, sin recordar que todos los individuos de esa raza sienten por nosotros un gran desprecio; nos llaman cholos, greasers, dirty mexicans, etcétera... Me dicen que usted no es más que un instrumento de los yanquis para usurpar a México la península de la Baja California, y no lo quiero creer. Pero ¿acaso no sabe usted hasta qué punto compromete a mi patria con esos filibusteros que manda a matar pobres cholos que obedecen a sus jefes? Debo advertir a usted que no pertenezco a ningún partido político; soy mexicano, simplemente, un cholo infeliz, pero tengo el patriotismo suficiente para comprender que usted hace mal y que debe volver por la razón y dejarse de creer en socialismos y pendejadas que a nada conducen y que le tienen trastornado el seso.⁶⁴

Es probable que la negativa de Flores Magón a aceptar la oferta de Madero de formar causa común con los antirreeleccionistas para formar un nuevo gobierno después del triunfo militar en las demás regiones de la república⁶⁵ también haya incrementado las sospechas, tanto por parte de los estadounidenses como de los mexicanos, en torno a los motivos de los invasores. Sin embargo, la decisión del dirigente liberal se había debido a que no estaba dispuesto a abandonar sus ideales revolucionarios y a que tenía a Madero por oportunista y defensor de los intereses de la clase capitalista,⁶⁶ pero al considerar,

63 Regeneración, 10 de junio y 1 de julio de 1911; José C. Valadés, Apuntes sobre la expedición de Baja California, México, Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos, 1956, p. 14; Lowell L. Blaisdell, *The Desert Revolution...*, op. cit., pp. 60-64, 125-129, 131-133 y 147-151.

64 Reproducción en Mario Gill, op. cit., p. 659-

65 Manifiesto de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano a los soldados maderistas y a los mexicanos en general, 24 de mayo de 1911", en Miguel A. Sánchez Lamego, *Historia militar de la Revolución Mexicana en la época maderista*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1976-1977, vol. 2, pp. 15-20.

66 Francisco I. Madero es un traidor a la causa de la libertad", "El rebaño inconsciente se agita bajo el látigo de la verdad", "No queremos limosnas", "Manifiesto a todos los trabajadores del mundo", "El judas Madero", "La paz" y "Las infamias de Madero y sus secuaces", en *Regeneración*, 25 de febrero, 4 de marzo, 1 y 3 de abril, 6 de mayo y 3 de junio de 1911, en Ricardo Flores Magón, *Semilla libertaria*, 2a. ed., México, Liga de Economistas Revolucionarios de la República Mexicana, 1975, pp. 137-163 y 169-173; Ricardo Flores Magón, *Artículos políticos, 1911...*, op. cit., pp. 22-33, 7H-79 y 96-102; Armando Bartra (ed.), op. di., pp. 271-289-

como el *general Pryce* le había señalado, las realidades de la situación militar en el país, entendió que la opción más práctica que quedaba a los insurrectos en ese momento era deponer las armas.⁶⁷ Desde el punto de vista de los mexicanos, el triunfo de Madero representaba una reivindicación de sus aspiraciones nacionales, y los magonistas de continuar como enemigos del gobierno, se convertirían en adversarios del pueblo.

Repercusiones de la revuelta en la política de integración territorial

Después de los acontecimientos relatados hubo otros dos intentos de separar políticamente la península del resto del país, con el consecuente peligro de una futura anexión a Estados Unidos. El primero de estos intentos ocurrió en el otoño de 1914, después del rompimiento entre los jefes revolucionarios constitucionalistas Villa y Carranza. En diciembre de 1914, las guarniciones militares de Tijuana y Ensenada se levantaron en armas, obligando a que Baltasar Avilés, gobernador de Baja California designado por los constitucionalistas, se refugiara en San Diego. Esteban Cantú, el comandante de la guarnición en Mexicali, fue nombrado gobernador, y poco después, Avilés, con la ayuda de sus dos ayudantes, Gerónimo Sandoval y Francisco Ayón, intentó reclutar una fuerza militar en Estados Unidos para atacar Mexicali, que se había convertido en la nueva capital del territorio a partir de 1915. En febrero de ese año, estos hombres, junto con Harry Chandier, Charles Guzmán, agente de bienes raíces en Los Ángeles y dueño de varias propiedades a lo largo de la frontera, Walter Bowker, gerente de la California-México Land and Cattle Company, y Benjamin J. Viljoen, subgerente de esa empresa, fueron arrestados por las autoridades estadounidenses bajo la acusación de haber participado en una conspiración militar para tomar posesión del gobierno de Baja California en violación de las leyes de “neutralidad. Chandler, el líder del grupo estadounidense, supuestamente participó en el proyecto porque Avilés le había prometido ignorar los impuestos que adeudaba al gobierno estatal y proteger las grandes propiedades de la familia Chandler Otis en el Valle de Mexicali contra las medidas de reforma agraria anunciadas por el gobierno de Carranza. Aunque Chandler y los otros estadounidenses implicados en la conspiración contra el gobierno de Cantú fueron acusados de haber proporcionado dinero a Avilés para montar la expedición planeada, durante el subsecuente juicio no se pudo probar ninguna conexión entre ellos y Avilés, y como consecuencia, los acusados fueron dejados en libertad.⁶⁸

El segundo intento ocurrió a principios de 1916 y duró hasta mediados de 1920. El gobernador Esteban Cantú, quien había roto su lealtad al gobierno convencionista de México a mediados de 1915, se declaró neutral en la lucha intestina que se desarrollaba en el interior del país. A finales de aquel año, a raíz de la derrota de las fuerzas villistas en Sonora, decidió reconocer la autoridad de Carranza, pero, a pesar de ello, mantuvo una línea de conducta independiente; se negó, por ejemplo, a obedecer las órdenes de Obregón, el general en

67 Lowell L. Blaisdell, *The Desert Revolution...*, *op. cit.*, pp. 142-143.

68 Documentos y recortes de prensa relacionados con el proceso judicial contra Aviles y sus supuestos cómplices, 14 de enero de 1915 al 9 de octubre de 1916, en AHGE/RM, L-E-817, hs. 7, 34-36 y 89-90; L-E-859 exp. 1, hs. 14-146, US Department of Justice, General Records of the Department of Justice, Record Group 60, National Archives and Records Service, Washington (sección sobre México), cajas 722D, 722F y 722G, exps. 90755-41, 90755-A y 90755-1..

jefe del ejército constitucionalista, de presentarse en México para atender asuntos oficiales. Tampoco recibió a los empleados federales enviados a la península por Carranza para ocupar cargos en el gobierno local en los ramos de aduanas, hacienda, comunicaciones, educación, etcétera.

Entre abril y julio de 1916 corrieron rumores en los periódicos estadounidenses de que era inminente la separación de Baja California para convertirse en una república independiente. En enero de 1917, cuando el presidente declaró nulas las acciones del registro civil y de las autoridades judiciales y los contratos entre notarios de la época huertista, Cantú, a raíz de que él mismo había servido como comandante federal del territorio bajacaliforniano durante la insurrección constitucionalista, ordenó a los funcionarios y empleados de su dependencia que no tomaran en cuenta esta disposición. A lo largo de 1916 hizo varios preparativos militares. Por ejemplo, el antiguo soldado federal Othón B. Blanco fue traído del exilio en Filadelfia para hacerse cargo de la Marina de Guerra bajacaliforniana. En junio del mismo año, Cantú expidió un decreto que autorizaba el comercio público de drogas heroicas, bajo la condición de que se pagaran los derechos de importación, fabricación o venta, cuotas que, por cierto, eran muy altas. El 7 de enero de 1918, el cónsul mexicano en Los Ángeles informó al secretario de Relaciones Exteriores que Baja California pronto se separaría del resto de la república y que sería reconocida como Estado independiente por los estadounidenses, además de que su gobierno se declarararía en favor de las potencias aliadas. Por esas fechas, agentes del servicio secreto

mexicano en Mexicali y periódicos como el *San Diego Sun* también divulgaron rumores acerca de la pretendida separación de la península.

La insubordinación de Esteban Cantú, que constituyó un peligro para la integridad nacional aun cuando no haya pasado de ser un proyecto, duró hasta el triunfo del movimiento revolucionario de Agua Prieta, cuando el gobierno de Adolfo de la Huerta, con Álvaro Obregón como secretario de Guerra y Marina, debido a que Cantú se había negado reconocer al nuevo gobierno, decidió despachar una expedición bajo las órdenes de Abelardo L. Rodríguez para controlar el territorio rebelde. Antes de que las fuerzas federales entraran a Mexicali, Cantú, al no haber encontrado simpatías para su causa en Estados Unidos, se había retirado de la lucha y de la escena nacional.⁶⁹ Tanto la revuelta magonista de 1911 como la conspiración Chandler-Avilés y el periodo de gobierno autónomo bajo la gubernatura de Esteban Cantú convencieron a los dirigentes nacionales de que sólo a través de la colonización, la apertura de rutas terrestres y aéreas que comunicaran a la península con el resto del país, junto con una mayor integración de la misma al sistema político y económico nacional, se podrían evitar problemas de este tipo.⁷⁰

En 1921 el gobierno de Obregón inició un proyecto de colonización que consideraba el desarrollo de recursos propios en el territorio, así como la construcción de un ferrocarril de Magdalena, Sonora, a Ensenada. Para 1930 se habían tendido 40 kilómetros de esta línea; sin embargo, las obras fueron detenidas en 1938 debido a la Gran Depresión. Sea como fuere, durante

69 Joseph Richard Werne, "Esteban Cantú y la soberanía mexicana en Baja California", en *Historia Mexicana*, vol. 30, núm. 1, julio-septiembre de 1980, pp. 7-30; David Pinera Ramírez (comp.), *op. cit.*, vol. 3, pp. 140-142; Pablo L. Martínez, *Historia de Baja California... op. cit.*, pp. 529-539. 70

70 Eugene Keith Chamberlin... *op. cit.*, p. 52.

te la década de los veinte, el auge económico de la frontera originado por la prohibición de la venta de bebidas alcohólicas en Estados Unidos, con la apertura de gran número de cantinas y restaurantes en los pueblos fronterizos, sobre todo en Tijuana, ayudó a fomentar la agricultura, las industrias y las obras públicas en la región. Abelardo L. Rodríguez —gobernador de Baja California de 1923 a 1929— utilizó una parte de los ingresos para comprar terrenos y distribuirlos entre pequeños agricultores, a quienes también proporcionó crédito y facilidades para adquirir maquinaria y cubrir otras necesidades. En 1933, como presidente de México, concedió a Mexicali, Tijuana y Ensenada el estatuto de perímetros libres, con la franquicia para introducir mercancía extranjera sin pagar derechos; dicha condición de zona libre, extendida a toda la península, ayudó a resolver muchos problemas económicos con el impulso que tuvo el comercio y las industrias del territorio.⁷¹

No obstante, no fue sino hasta la administración del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940) cuando se puso en práctica una política concertada para integrar, mediante diferentes clases de estímulos, los territorios existentes (los Distritos Norte y Sur de Baja California y Quintana Roo) al resto de la república. El gobierno nacional expropió y fraccionó el gran latifundio perteneciente a la Colorado River Land Company y dispuso que la Nacional Financiera comprara todas las acciones de la antigua empresa (lo que no se cumplió hasta agosto de 1946), estableciendo la Compañía Mexicana de Terrenos del Río Colorado, con la responsabilidad de vender sus tierras a colonos mexicanos por cuenta de la nación. Asimismo, a los pequeños pueblos del valle les fue permitido utilizar algunos de los terrenos para establecer ejidos. Las reformas provocaron que la agricultura experimentara un avance notable, al parejo de la economía en general. También se mejoró la red de comunicaciones y transportes con el centro del país, al empezar, en 1936, la construcción del Ferrocarril Sonora-Baja California, que fue terminado en 1947. Dentro de la región, se amplió la red de carreteras ligando a Tijuana con San Quintín hacia el sur, y con San Luis Río Colorado, del lado sonorenses de la frontera. En 1934 la Compañía Mexicana de Aviación puso en servicio una ruta aérea entre Tijuana y la ciudad de México. Las iniciativas económicas tomadas por el gobierno cardenista, junto con la época de prosperidad que resultó de las demandas impuestas por la Segunda Guerra Mundial de materias primas y mano de obra mexicanas para las industrias bélica y agrícola en Estados Unidos, originaron que la población de la región se cuadruplicara de 48 327 personas en 1930 a 226 967 en 1950, factor fundamental en la decisión del gobierno nacional de elevar el territorio a la categoría de estado a finales de 1951.⁷²

Al mismo tiempo, el estrechamiento de lazos entre Baja California y el resto de la república reforzó el sentimiento entre los habitantes locales de *que* tanto ellos como su territorio formaban parte integral de la nación mexicana. Este sentimiento se manifestó plenamente en diciembre de 1942, cuando las relaciones entre México y Estados Unidos se pusieron tensas debido a la orden del gobierno de Estados Unidos de ceder el general John L. Dewitt, comandante

71 Pablo L. Martínez, *Historia de Baja California...*, *op. cit.*, pp. 542-544; David Piñera Ramírez (comp.), *op. cit.*, pp. 142-144.

72 Pablo L. Martínez, *Historia de Baja California...*, *op. cit.*, pp. 544-563, 567 y 569; David Piñera Ramírez (comp.), *op. cit.*, vol. 3, pp. 220-227; Óscar J. Martínez, *op. cit.*, p. 50.

de la Defensa Occidental de Estados Unidos, enviara una división de infantería a la península con objeto de vigilar la costa en previsión de una posible incursión de las fuerzas del Eje. Mientras se desplegaban columnas de soldados estadounidenses en San Ysidro y a lo largo de la carretera rumbo a San Diego, en Tijuana se formaban grupos de ciudadanos voluntarios integrados por obreros, empleados de comercio, profesionistas, maestros de escuela y trabajadores de varias dependencias del gobierno, todos dispuestos a pelear, como en otros tiempos, contra cualquier invasor. El peligro de una confrontación entre las fuerzas de los dos países se disipó cuando la mayor parte de la tropa estadounidense destacada en la frontera fue retirada tras la reunión de los comandantes mexicanos y estadounidenses en el entonces casino de Agua Caliente, durante la cual el general Lázaro Cárdenas, quien entonces ocupaba el cargo de jefe de la Región Militar del Pacífico, se negó a acceder a todas las peticiones del gobierno de Estados Unidos, aceptando únicamente el establecimiento de pistas de aterrizaje, puestos de radar y técnicos en la costa del Pacífico, bajo la supervisión del gobierno de México.⁷³

En resumen, la revuelta magonista ocurrida en 1911 fue un parte aguas en la historia de Baja California, puesto que antes de ella la región estaba despoblada y aislada del resto de la república, pero a partir de 1920 debido a la falta evidente de un control sobre el área, los gobiernos local y central pusieron en práctica una serie de medidas que gradualmente integraron el territorio al resto del país. La incursión también resultó el acontecimiento más significativo en la historia de la zona durante el siglo XX, ya que reforzó el sentido de identidad nacional entre los habitantes, ya en proceso de formación desde hacía muchas décadas.

73 Josefina Rendón Parra, *Apuntes históricos de Tijuana*, Tijuana, Talleres de Papelería del Noroeste, 1972, pp. 117-119; David Pinera Ramírez (comp.), *op. cit.*, pp. 229 y 243-244.